

Humildes cántaros rotos

Como era un hombre rubicundo, llamábanle Juan Colorado, para distinguirlo de los otros Juanes del barrio: Juan Jacobo y Juan Gabrielo, así apellidados por los nombres de sus respectivas mujeres, Jacoba y Gabriela.

Su cabaña estaba a la entrada del lugar, al pie de la colina en que se asentaba el pequeño caserío, e indudablemente tal posición hacía juego con los bienes de su dueño.

El riachuelo que pasaba frente a la puerta, a ser un riachuelo filósofo, habría reparado en la diferencia de fortunas que existía entre el dueño de la última casa, encaramada casi en el cucurucho de la colina y el de la primera, la más baja. Aquélla, casa grande, confortable, de dos pisos, rodeada de jardines y con grandes corrales. Corría y corría el arroyuelo, porque en lo ligeras sus aguas no tenían rival, y no acababa de salir de los bosques, prados, rastrojos, pertenecientes al amo de la hermosa casa rodeada de jardines. Le movía un aserradero y un molino de almidón de yuca. Y jamás acababa de contar las cabezas de ganado que se inclinaban para abreviar en sus aguas. Por fin metía su frescura en el pegujar de Juan, dentro del cual no se estaba ni dos minutos.

¡Con hijos si lo enriqueciera Nuestro Señor! Por suerte aquel aire bendito de las cumbres del Barba y aquellas aguas que no encerraban en sus linfas los tricocéfalos y anquilostomas de los médicos, los tenían tan sanos y tan guapetones, que cuando asomaban a la puerta, la cabaña de Juan parecía humilde cesto por cuya boca asomaran amapolas y rubias flores de paira.

El verano se acercaba y el dueño de la casa grande, terminadas las rozas que hizo en sus montañas, no tenía más trabajo que dar a las gentes del lugar. Conversábase en las tardes, bajo los cobertizos, de irse alistando para bajar al valle a las próximas cogidas de café. Juan Gabrielo iría con sus muchachos a la hacienda de don José Manuel; Matías y los suyos a la de don Quito.

La yunta de Juan Colorado, de bueyes tiernos, casi unos terneros, pero valientes y voluntarios como ellos solos, pacía tranquilamente la yerba que Dios le reparaba en el camino, porque su amo no tenía en qué ocuparla. Había cesado el acarreo de trozas y ahora podían descansar a pierna suelta.

Y había que pensar en llenar a la menudencia sus barriguillas inconsecuentes. Entre tanto, se ayudaban comiéndose la milpa hecha en un terreno prestado. De noche, a la hora de la cena, a falta de otra cosa, los niños echaban en el hogar sendas mazorcas tiernas, envueltas en su tusa, que una vez asadas, eran despojadas de ella. La cocina llenábase del sabroso olor que entonces despedían y las dentaduras ágiles comenzaban a arrancar los dulces granos, muchos de los cuales esponjábanse como azahares.

También había que pensar en cubrir aquellas carnes, capaces de acabar con la paciencia de la buenaza de Natividad, tal era el afán de asomar su sonrosado y tierno encanto a curiosear por las innumerables desgarraduras de las ropas. La aguja de Chica, la mayor de las niñas, una madrecita de once años, no tenía punto de reposo: zurcir, remendar, hacer milagros. No había en la casa una prenda de vestir que no luciera remiendos de diferentes colores y telas. Con un saco de manta, marca Gallito, fabricaba en un abrir y cerrar de ojos, una camisa a Beto o a Juan Chiquillo y daba no sé qué verlos muy ufanos, vestida la camisa en la cual campeaba el gaffo de la marca, ya en el pecho, ya en la espalda.

Octubre llegó con sus temporales. Los canasteros comenzaron a subir a la montaña a traer bejuco para tejer canastos, labor muy vendible en tiempo de las cogidas de café.

Juan Colorado se preparó a ir por bejuco. Indispensable era hacer algo, no podía estarse mano sobre mano con semejante chapulinada que tenía buen diente.

En una madrugada, bajo un temporal que lo mandaba Dios Padre y con un frío de los que se estilan en esas alturas, salió de su casa y se incorporó a los bejuqueros que pasaban.

Tres leguas lo menos tuvieron que hacer para llegar a la mancha de bejuco que podía abastecerlos a todos.

Muy avanzada la tarde regresó, abrumado por la carga, con el vestido hecho una sopa y los pies destrozados. Hizo otro viaje dos días después entre la tristeza de la niebla y el frío, para procurarse el bejuco necesario.

Por fortuna, el temporal se fué y un sol que era un contento secó los tallos verdes. El viernes, veinte canastos grandes y bien trabajados estaban listos para la venta. Bien es verdad que no soportaba el dolor de espalda, y las manos a pesar de su dureza le sangraban. Y no podía ser de otro modo; toda la semana inclinado: primero el asiento en el cual la colocación de los paraleos exigía cuidado si no se quería deshacer más tarde toda la labor y luego, usted teje, y usted teje... los ojos le dolían. Preferible era volar machete todo un santo día.

Beto, el muchachillo de nueve años, fabricóse con los restos del bejuco, tres cestitas primorosas que adornó con fantásticos dibujos rojos y verdes. Las vendería a las niñas de la ciudad a veinticinco céntimos cada una y con el dinero, compraríase una dulzaina, sueño dorado del niño desde el turno, en que escuchó embobado a un campesino sacarle músicas a una. Tocaría en las tardes bajo el cobertizo y los gritos de sus hermanos le harían coro. La llevaría siempre en el bolsillo, y en la montaña, cuando fuera a acompañar al padre a alistar un tronco para el aserradero, en tanto que éste lo labrase con su hacha, él tocaría en su dulzaina. Los jilgueros lo acompañarían. Sería una cosa... muy... ¿cómoda dijera él? oír su música entre la quietud fresca de los bosques.

Y en verdad, que hubiera recordado así nuestro salvajillo, medio desnudo, sonrosado, con la piel espolvoreada de un finísimo vello dorado, enredadas entre la maraña de su cabañera leonada las hojas y flores que el viento dejara al pasar sobre él, y tocando su dulzaina al pie de un tronco musgoso, al dios Baco niño, arrancando melodías a la siringa. Habrían dado ganas de vestirlo con la piel de corzo salpicada, calzarle los coturnos y poner a su lado la férula adornada de pámpanos.

A Juanico y a Baltasar, encontrólos el sol del viernes en un moral, con la sonrisa entre un embadurnamiento de jugo de moras que les cubría la punta de la nariz, las mejillas y la barba. Escogían las frutas negras y despreciaban las rojas que parecían racimitos de gotas de sangre: de aquéllas, dos eran puestas entre la boca y una iba al balde que portaban. A la hora del almuerzo, sin embargo, estaban en casa con dos cuartillos de moras dentro del recipiente. Querían que otro día su hermano Beto, que iría con el padre a la ciudad, los vendiera y con el importe les comprara unos sombreros: que la cabeza del uno ya andaba a la intemperie y la del otro estaba cubierta no más por una copa.

Chica y Felicidad fuéronse después de comer al bosque a traer san miguelos en botón. Eran ágiles como ardillas y daba gusto verlas retozar entre las ramas más altas de los más altos árboles. Sus hociquillos rojos se confundían con los lindos capullos de esta flor de un arbusto de nuestros bosques. Trajerón los delantales llenos y mientras los otros chicos les